

## UN CAMINO CATEQUÉTICO DE ORACIÓN EN EL ITINERARIO DE FE

JUAN ANTONIO GALLEGO LÓPEZ  
TOLEDO

### I. INTRODUCCIÓN

Si leemos el título de este artículo nos damos cuenta que podría dejar al libre pensamiento de cada uno descubrir cuál será el “camino” para el itinerario de fe. El título de este número de la revista es “La oración cristiana y la catequesis”. Muchos han sido los maestros espirituales que, a lo largo de la historia, han dedicado su tiempo a indicarnos “caminos” de oración, con métodos diversos.

El objetivo del presente estudio es descubrir el camino que uno de esos maestros espirituales que, sin duda, tiene un magisterio cualificado dentro de la Iglesia y que, con su experiencia, nos ha marcado un verdadero camino en el itinerario de fe de cualquier persona que busque el encuentro y la comunión con Dios. Me refiero a Teresa de Jesús quien nos narra testimonialmente su experiencia vital de encuentro con Cristo en el libro que ella llama “Castillo Interior” o “Las Moradas”.

Dado que santa Teresa usa el símbolo del castillo para exponer su experiencia espiritual, o sea, el “saber decir”; contando con que ella nos “transmite su experiencia” personal en el encuentro con Cristo y constatando la necesidad que tenemos hoy de “testigos” en este momento en el camino de la nueva Evangelización, es por lo que me he atrevido proponer cómo este libro es un verdadero “camino catequético” en el itinerario de fe.

Para una mejor presentación del estudio comenzaré exponiendo la situación, a grandes rasgos, del hombre de hoy, en cuanto a la relación con Dios y, partiendo de ahí, presentar el “camino” que Teresa propone.

## II. RELACIÓN HOMBRE-DIOS

En nuestra historia, en este comienzo del siglo XXI, la relación del hombre con Dios sigue siendo un problema pues las circunstancias socio-culturales, el modo de reflexionar sobre el ser del hombre y la misma conciencia del hombre están sufriendo transformaciones muy importantes que no pueden dejar de afectar al fondo de lo humano y a la manera de vivirlo, entenderlo y expresarlo.

Dios ha sufrido, sin duda, un proceso de aparcamiento en el orden cultural y social. Todavía hay muchas personas para las que Dios está presente en el mundo, pero la cultura y la organización de la sociedad parecen dominadas por el resentimiento o la sospecha o por la falta de noticias en relación con la presencia de Dios. Hacen que Dios sea apartado, pues lo que el mismo hombre pretende es la autonomía absoluta. Estamos ante el hecho del secularismo que va dejando huella en nuestra sociedad y en no pocas conciencias de nuestros bautizados. En el inmanentismo del mundo y del hombre Dios no tiene cabida, es más Dios es un estorbo.

Hay otra situación en el hombre de hoy la falta de reconocimiento y la afirmación de Dios como raíz de la vida humana. Todo es relativo, nada hay permanente en el hombre hoy, donde el devenir de la historia es sólo una acumulación de diversos acontecimientos que se van engarzando. No hay cabida para Dios.

Otra situación que aleja al hombre de su relación con Dios es el antropocentrismo reinante en la teología y en la práctica incluso catequética de no pocos evangelizadores, donde prevalecen más bien las condiciones del hombre que recibe el mensaje, más que el mensaje mismo. De ahí la bipolaridad en la transmisión de la fe: ¿Fidelidad a Dios o al hombre? Esta pregunta resume el enfrentamiento entre teología y antropología, lo que se ha dado en llamar teoría o praxis, haciendo una dicotomía.

Pero no es fácil apagar lo que en el hombre es connatural: su apertura a la trascendencia, pues, cuando por razón de una filosofía positivista se consigue, el empobrecimiento resultante de lo humano y la asfixia que ese resultado produce se torna un signo en negativo y hace aparecer formas más o menos confesadas de nostalgia del Otro.

Buscar a Dios en sí mismo, buscarse a sí en Dios resulta entonces expresión lejana, pero no imposible, por eso hay personas que lo testifican. Aún distanciados en cuatro siglos y un poco más, encontraremos en Teresa una verdadera "testigo" de Él, que nos ayudará en un camino concreto, el del oración y con un símbolo, el del Castillo a adentrarnos en la búsqueda de ese Dios, dentro del hombre.

### III. EL CASTILLO INTERIOR ¿ITINERARIO DE FE?

Teresa de Jesús escribe por clarificar su espíritu, por obediencia y por el deseo de sus hermanas monjas. Su función primera es *declarar* sus vivencias místicas. Su campo no es el teórico de los letrados sino el vivencial, pues ella no sabe teología. Su metodología no es especulativa sino basada en su propia experiencia y su lenguaje es el simbólico. Ella lucha por la expresividad, busca ser fiel en la transmisión de la experiencia y eficaz en la moción de los espíritus. El deseo de Teresa de Jesús es enseñar y ayudar a la persona humana a moverse en ese camino de la oración. Esa lucha por la expresividad y la eficacia la llevan a una búsqueda angustiada del lenguaje. Por ello Teresa usa del símbolo del Castillo, de las fuentes, de la alegoría del gusano de seda, de la alegoría del matrimonio espiritual o de otras muchas comparaciones, buscando siempre la expresión y el estilo más adecuado, según su objetivo y decir lo que quiere y como quiere.

#### 1. *Itinerario del Castillo Interior*

Teresa desde su experiencia nos ha trazado un itinerario. La cumbre del itinerario espiritual está reflejada en la experiencia que Teresa nos ha dejado escrita en su libro *Castillo Interior*, sintetizo en cinco momentos este camino espiritual:

1) *La certeza de que el hombre es capaz de encontrarse con Dios en el centro de su alma.* Esta experiencia se da en la búsqueda del conocimiento de sí mismo. Conociéndose uno a sí mismo puede llegar a concienciarse de que Dios está presente en él. Cuidar la propia interioridad. (Primera Morada).

2) *La purificación de uno mismo.* Al conocerse uno mismo despierta por primera vez a la belleza de la Dios, en su alma, a la belleza de la Santa Trinidad y se da cuenta de la propia finitud e imperfección, de las posibilidades que tiene para llegar a él y la necesidad de conversión. Al mismo tiempo se siente tan cercano y tan lejano de la comunión divina que experimenta en cuanto a la cercanía la intimidad y en cuanto a la lejanía la sed infinita de amor. Pero esta distancia puede ser eliminada mediante la opción radical determinante y la progresiva sensibilidad en la escucha de la Palabra de Dios y capacidad de lucha y prueba del amor, pues todo lo que se interpone en el camino de un progreso hacia la unión con Dios constituye un estadio de dolor y esfuerzo. (Segunda y Tercera Moradas).

3) *La iluminación.* Es el estadio de la separación de los "apegos", y de las "cosas del sentido", y cuando se han adquirido las virtudes del matrimonio espiritual, la comunión con Cristo. Entonces se vive lleno de alegría en el

orden de lo trascendente, de lo misterioso y del amor creciente. La iluminación es, pues, un estado que incluye en sí mismo muchos de los niveles de la contemplación, grados elevados de oración, visiones y aventuras del alma. Iluminados vemos todo con los ojos de la fe, con los ojos de Dios. (Cuarta y Quinta Morada).

4) *El dolor místico*. En la ardua búsqueda de Dios aparece la terrible experiencia de “la purificación del espíritu” que completa la purificación de uno mismo. Esta experiencia consiste en sentir una fuerte ausencia de Dios acompañada del dolor espiritual y donde se dan grandes impulsos de amor. La persona rindiendo, entonces su voluntad a Dios, crece espiritualmente. Desposorio místico. El alma queda sellada, en prenda de especial pertenencia a Dios en Cristo Jesús. (Sexta Morada).

5) *La unión*. Es la verdadera meta del itinerario espiritual. Es el estado de equilibrio, de alegría pacífica y de servicio auténticamente testificado. Es uno mismo con la Vida Absoluta. Plena configuración con Cristo. El hombre en el corazón de la Santa Trinidad y la Santa Trinidad en el corazón del hombre. Matrimonio místico. (Séptima Morada)

Pero esta experiencia *sólo lo da Dios a quien quiere*, unos lo alcanzan con mucho trabajo y, a otros, Dios se lo concede como una gracia divina, sin ningún esfuerzo.

Y el que llega aquí, el místico, se hace verdadero testigo radical, servidor del Reino, entregado, “vocero de Dios”, cercano a los más pobres: amando a los hombres está amando a Dios y amando a Dios está amando a los hombres. Por eso *la mística desemboca en una seria exigencia y compromiso de vida cristiana*.

## 2. Claves en el camino catequético

Me ceñiré sólo, aunque podríamos profundizar en más, a cuatro claves catequéticas actuales por estar presentes, de manera evidente, en la obra del Castillo Interior. Claves catequéticas de hoy:

- a) El hombre abierto a Dios / la hermosura del hombre.
- b) Jesucristo: objeto del mensaje cristiano/ Cristo centro del hombre.
- c) La voz del testigo: auténtico modo de transmisión de fe
  - \* Teresa: Testigo experiencial de Dios.
- d) La Oración: medio de relación del hombre con Dios
  - \* La oración: camino seguro para la comunión con Dios.

a) El hombre abierto a Dios.

Teresa ve al hombre un ser “capaz de Dios”. Hay una semejanza del sentir de Teresa con lo que el concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica refieren del hombre como persona “capaz de Dios”, por ser “imagen y semejanza de Dios”<sup>1</sup>. Visión grandiosa, exaltada, positiva. La mayor riqueza del hombre deriva en que “puede tener conversación no menos que con Dios”<sup>2</sup>.

Que el hombre sea “capaz de Dios” significa que está abierto, por naturaleza al encuentro con Él. Religioso por naturaleza, el hombre se interroga por Dios y le busca. En esta búsqueda encuentra unas vías de acceso al conocimiento de Dios: el mundo y el hombre mismo<sup>3</sup>.

Lo que Teresa ha pretendido en su obra es “reconstruir” al hombre. Ella sabe de la doble posibilidad que tiene el ser humano de encontrarse a sí mismo y, haciéndolo, encontrarse con Dios mismo, dentro de sí, o de perderse, nos lo ha contado al narrar la historia de su vida y lo plasma en el Castillo Interior, verá como “gran bestialidad”<sup>4</sup> el alma que se pierde estando en pecado mortal.

El “hacerse hombre” o “realizarse como persona”, diríamos hoy, implica en toda la experiencia y enseñanza teresianas, ser cristiano. Lo que viene a decir Teresa es lo siguiente: No se puede ser hombre sin creer en Dios. Dios está en el origen y en la meta del ser humano. Un destino humano hecho sin fe es como crear un ser para la muerte. Si a Teresa le hubiera preguntado un psicólogo moderno ¿cómo llegar a convertirse en persona? Le hubiera contestado: recorriendo las siete moradas de su ser, purificándose de naturalismo, de temporalidad, y llenándolas de Dios.

El proceso de convertirse en persona es un tránsito desde la esclavitud a la libertad. El hombre –por el pecado– es esclavo de sí mismo, de las cosas que le rodean. El encuentro con Dios le libera y le hace ser él mismo. La transformación del hombre “viejo” en “nuevo” se realiza mediante un proceso de purificación de lo “natural” en “sobrenatural”. Ser hombre para Teresa es llegar a “ser espirituales de veras”. Y el proceso para serlo pasa por el aceptar ser esclavos de Dios. Así nos lo relata ella: “¿Sabéis qué es ser espiritua-

---

<sup>1</sup> CCE 27; 355; 1701ss.

<sup>2</sup> I M 1, 8.

<sup>3</sup> CCE 26-56 y 355-376.

<sup>4</sup> I M 1, 7.

les de veras? Hacerse esclavos de Dios”<sup>5</sup>. El camino es Cristo, el Crucificado. Por eso se atreve valientemente a afirmar que el mayor “regalo” que Dios nos puede hacer es “darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo”<sup>6</sup>.

Pero antes, también ha intuido que el hombre no se conoce del todo hasta que no conoce a Dios: “Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, sino procurando conocer a Dios”<sup>7</sup>.

Esta clave teresiana entronca totalmente con la clave antropológica que emerge de la visión del hombre que hace el Vaticano II<sup>8</sup> y que posteriormente recoge el Catecismo de Iglesia Católica como hemos indicado anteriormente, que resumiendo podemos definirlo de esta manera: El hombre es un ser enraizado en la creación a imagen y semejanza de Dios; hay un deseo de Dios inscrito en el corazón del hombre; éste está llamado a participar de la vida de Dios y está predestinado a reproducir la imagen del Hijo de Dios hecho hombre. La misma vocación del hombre es la realización del hombre en la Bienaventuranza Divina<sup>9</sup>.

Todo esto está en contraposición con el nihilismo e inmanentismo a que ciertas filosofías actuales quieren arrastrar hoy al hombre indicándolas como única posibilidad de realización de la persona.

Esto conlleva unas consecuencias a tener en cuenta en la catequesis: que ha de iniciar a descubrir, desde la experiencia humana cómo El hombre es un ser abierto a Dios y no puede cerrar la puerta a Dios. “Alejado de Él el hombre se aleja de su propia realización”<sup>10</sup>.

El hombre se realiza en Dios: sólo en la relación con Él, encuentra el hombre su origen y su meta.

### c) La voz del testigo.

Hoy es una de las voces que más se oyen; “seréis mis testigos” nos dijo Jesús (Hch 1,8). Hasta Juan Pablo II nos lo ha recordado en esta visita última a España, ese es el mensaje que desde la Conferencia Episcopal Espa-

---

<sup>5</sup> VII M 4, 9.

<sup>6</sup> VII M 4, 4.

<sup>7</sup> I M 2, 9.

<sup>8</sup> GS 22.

<sup>9</sup> CCE 1700.

<sup>10</sup> J. MARTÍN VELASCO, “Búscame en ti. Búscame en mí”. *Actas del Congreso Internacional Teresiano*, 810-834, Donde nos indica la correlación del descubrimiento del hombre y de Dios en santa Teresa.

ñola ha marcado su presencia entre nosotros: “Seréis mis testigos” ¿Será esta la hora en que la Iglesia y el mundo necesita más de testigos?

En 1947, decía Pío XII haciendo eco de san Juan Crisóstomo: “Hoy más que nunca, y como en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia tiene necesidad sobre todo de testigos; más aún que de apologistas: testigos que a través de toda su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Cristo y de la Iglesia a los ojos del mundo paganizado que los circunda”<sup>11</sup>.

El concilio Vaticano II recoge este mismo sentir y en la constitución *Lumen gentium* 35 anima a todos los cristianos a ser testimonios de vida y acerca de los religiosos: “con su estado dan testimonio de modo espléndido y singular de que el mundo no puede ser transfigurado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas” (LG 31). Su elección “testimonia mejor la vida nueva y eterna, conseguida por la redención de Cristo, y anuncia mejor la futura resurrección y la gloria del reino celestial” (LG 44).

Con este “perfil del testigo”<sup>12</sup> como el cristiano que no sólo posee, custodia y esconde a Cristo, sino que da y manifiesta (con el ejemplo de su vida) a Cristo, podemos acercarnos a esta clave desde tres postulados: el testigo, en primer lugar experimenta; en segundo lugar, transmite; en tercer lugar se compromete.

c) El testigo vive una experiencia.

Nuestro mundo respira por todos los poros un ansia tremenda de experimentar. Al hombre moderno le cuesta muchísimo vivir en fe; él quiere tocar la realidad viviente; gusta experimentar las cosas. Por eso acepta bien el testimonio de la experiencia de otras personas que, realmente, han vivido lo que expresan y proyectan a los demás. La experiencia es un contacto directo e inmediato con la realidad, con los acontecimientos, los objetos, las pasiones, las personas. Hay una experiencia personal o interna y otra testificada o externa. Teresa es testigo de la experiencia de Dios; de la experiencia interna, pero transmitida, testificada sensacionalmente por ella a los hombres. Testificada porque ella lo vivió: es su propia vida. Teresa es testigo experiencial de Dios que dialoga con el hombre. Transmitir la fe exige ser testigo personal de la salvación de Dios: “lo que hemos visto y oído” (1 Jn 1,1).

Teresa de Jesús es una mística como Pablo y Juan, dentro de la mejor tradición del misticismo cristiano. Los místicos son testigos cualificados de las realidades sobrenaturales. Por caminos misteriosos de fe iluminada y

<sup>11</sup> Del mensaje al Congreso Eucarístico de Nantes 1947: AAS 39 (1947) 312.

<sup>12</sup> M. GROSSI, *Diccionario enciclopédico de Teología Moral* (Madrid 1986) 1063.

amor sapiencial contemplan, penetran, experimentan y transmiten lo que han visto, oído y tocado; en su testimonio hay fuerza y convicción. El concilio Vaticano II ha exaltado la misión de los místicos en la Iglesia como testigos que penetran y enriquecen la comprensión del mensaje revelado; su aportación forma parte de la tradición viviente de la Iglesia (cf. DV 8). Su misión es la de confirmar por experiencia la verdad de los misterios de la fe, penetrarlos, enriquecerlos con su contemplación, testificarlos a los hermanos. Esta es la misión de Teresa de Jesús en sus escritos y de manera muy especial en el "Castillo Interior" o "Las Moradas". Podemos decir que el Libro del Castillo da testimonio de su vida. Teresa no hablará sino de aquello que sabe por experiencia<sup>13</sup>. Es una confesión, testimonio en voz alta, ante toda la Iglesia de la gracia de Dios. Desde su fe, Teresa interpreta su vida como una historia de salvación; la confesión de su vida, por tanto ser "vocero de Dios"; podríamos decir que se convierte en una verdadera "catequista-testigo"; he aquí una de las claves catequéticas más importantes de hoy.

Dos de las exigencias actuales de la catequesis y del catequista es propiciar el conocimiento de Dios y la educación en la dinámica del encuentro con Dios. Teresa hace un esfuerzo por comprender el sentido de su experiencia y traza con convicción, desde su testimonio, una síntesis de vida espiritual válida, más allá de su caso particular, para muchas otras almas. Sabemos, según nos cuenta ella misma, que el esfuerzo de narrar la propia vida le cuesta sudores. Primero siente la impotencia de comunicar, luego la repugnancia en narrar las gracias de las que se siente indigna<sup>14</sup>; después experimenta la fuerza que la impulsa a escribir, el gozo por haber logrado decir bien las cosas; llega incluso a alabarse y presiente con gozo el bien que la lectura va a hacer a muchas almas en la Iglesia<sup>15</sup>.

En plena y secreta sintonía con el magisterio, Teresa, es testigo excepcional del camino de la gracia, desde el pecado y la conversión hasta el matrimonio místico, afirma por experiencia la realidad de la gracia interior, de la justificación, de la inhabitación de la Trinidad.

Todo confluye para que su testimonio no quede recluso en la intimidad de un confesionario. Mil circunstancias hacen que se extienda poco a poco a los demás; los papeles que contienen esta experiencia pasan de mano en mano hasta que la edición de sus escritos en una ininterrumpida serie de reimpre-

---

<sup>13</sup> Son muchas las referencias que nos da. Cuando habla diciendo "sé de una persona" se refiere a ella misma. Por poner un ejemplo: VI M 3,16.

<sup>14</sup> Prólogo 1.

<sup>15</sup> Epílogo 1.



siones y versiones, aseguren su presencia y resonancia en la Iglesia universal.

El testimonio se transforma pronto en “magisterio”. Los libros de Teresa hacen texto, son reconocidos por la Iglesia, alabados y encomiados como pocos otros de la literatura cristiana; se reconoce su magisterio en el campo de la oración y de la perfección cristiana. Cuatro siglos de presencia e influjo culminan en la concesión o reconocimiento de su Doctorado en la Iglesia universal.

*El testigo transmite la experiencia vivida.*

El objeto de la experiencia teresiana y los modos de percepción la capacitan para la transmisión de un mensaje.

Al hablar de su vida, Teresa llena las páginas hablando del misterio de Dios. El esfuerzo de interpretar su existencia a la luz de la fe, transforman su testimonio en una auténtica “teología”. Entran en juego la comprensión de la Escritura, la fidelidad al depósito de la fe, la sintonía con la Tradición espiritual de la Iglesia. No hay simple repetición de verdades sino sabrosa penetración del misterio. Hay primero una teología espiritual –conocimiento contemplativo del misterio de Dios– y después una enseñanza teológica que es prácticamente transmisión de experiencia de Dios. Es teología integral donde concurren conocimiento y amor, y es teología orante de la que hoy necesitamos mucho.

Tiene también una pedagogía cristiana, invitación a la experiencia de los misterios (mistagógica). La Santa escribe para contagiar, para invitar a recorrer el mismo camino. Dialoga con el lector; previene sus dificultades y adivina sus reacciones. El lector entra ya en el campo de la experiencia recorriendo las páginas y vibra ante el testimonio teresiano, pero se siente impulsado a vivir personalmente lo que ha leído. Teresa invita a la experiencia espiritual.

No se puede negar, ni nadie tiene razón para dudar de la fecundidad del concepto que Teresa tiene de la oración, nacido de su propia experiencia: no habla sino de lo que conoce por experiencia personal e interna. Pero veamos cuál es su pedagogía y su mistagogía.

El método que Teresa ofrece es creciente: lleva al alma a entrar en sí misma, recogida en silencio y soledad cada vez más profunda, donde encuentra paz y sosiego, y vive, en la hondura más abismal del espíritu ya purificado, el misterio Trinitario inabitante en ella y donde ha de procurar ir introduciéndose: inmersión de Teresa en Dios.

La intimidad de la oración por la amistad, la fuerza del amor y el gozo de la comunión en la que Dios y el alma se unen místicamente, encuentran la

expresión más perfecta en el último grado de la oración contemplativa, que encontramos descrita en las séptimas moradas, donde las Divinas Personas celebran con el alma la mística unión nupcial: el matrimonio espiritual: "... así en este templo de Dios, en esta morada suya, solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio"<sup>16</sup>.

Este panorama de la oración teresiana presenta las posibilidades inmensas de la vida cristiana de perfección y señala las metas más altas a que se puede llegar en este peregrinar terrenal.

La pedagogía teresiana es una invitación constante al diálogo con Dios, sin límites ni reservas. La vida de oración es un camino de dinámica y de madurez de la gracia bautismal. "Tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" es la respuesta del hombre a la revelación de Cristo: "Si alguno me ama, guardará mis mandamientos y mi Padre lo amará; y vendremos a él y haremos nuestra morada en él" (Jn 14,23).

La oración vivida por Teresa exige la presencia del Amor-Dios: El nos ama. Nosotros le tenemos que responder con amor. Dios está presente en el alma, maravillosamente por la gracia. La oración teresiana tiene su "punto de partida" en la "conciencia" de la presencia de Dios en el alma; "su punto de llegada" en la "experiencia" de Dios presente en el alma.

En un momento histórico como el nuestro, tentado el hombre de ateísmo, ensoberbecido por el prodigioso avance de la técnica y desacralizado, exigente de vida más que de palabras, quien tiene experiencia de Dios y es testigo vivo de Él puede decir su palabra, porque es vida. No podemos silenciar que hay también en el hombre moderno una sensibilidad para las cosas del espíritu. Esto ya da una razón del por qué de la actualidad del mensaje Teresiano. Los valores perennes calan en la inteligencia y llegan al corazón del hombre: esto es lo que anuncia, carismática y kerigmáticamente Teresa.

Esto tiene unas consecuencias importantes para el catequista y para la catequesis de la experiencia, en primer lugar ésta ha de ser una catequesis del "Kerigma". Y en segundo lugar, mirando al catequista, más que una persona de buena voluntad, ha de ser un testigo experiencial, que viva una relación intensa de comunión con Cristo: "es importante que el catequista, enviado por la comunidad que transmite la *traditio fidei*, haya experimentado primeramente él la riqueza de vida y de exigencias que implica de suyo el avanzar progresivo de una comunidad cristiana, pues sólo así será capaz de

---

<sup>16</sup> VII M 3, 11.

hablar en primera persona y de comunicar a otros una experiencia personal de fe, que es la suya”<sup>17</sup>.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos indica: “En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca (...) Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: “Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado” (Jn 7,16)”<sup>18</sup>.

*El testigo se compromete y compromete.*

El testimonio cristiano es anuncio de la fe pero lo rebasa. Testimonio no es solamente anunciar o confesar la fe, sino atestiguarla, con el compromiso, si cabe, de la vida entera<sup>19</sup>.

Quiero abordar en este punto la exigencia de vida y compromiso, que como experiencia vive Teresa de la oración (aunque no haya sido “mártir” según el significado literal del término) y cómo indica ha de ser el compromiso del orante o las exigencias de compromiso que la oración mística implica.

Una de las consecuencias del testimonio es que implica tanto al que lo transmite como al que lo recibe. El testigo nos hace entrar en diálogo o en la reflexión de aquél o aquello que transmite. El testigo al transmitir la verdad es expresión de esa verdad y de la realidad de esa verdad, por eso nos deja al descubierto su vida, se compromete, de algún modo.

Teresa al testimoniar su experiencia de Dios compromete su vida; es más nos refleja lo que ella es y vive; por eso “muestra” de manera muy viva el objeto de su experiencia. En los momentos en los que tiene que escribir sobre su “experiencia mística” recurre siempre a pedir la iluminación del Espíritu para poder “saber decir”<sup>20</sup>.

Uno de los problemas hoy todavía presentes en la vida cristiana es la oposición entre vida y oración o trabajo y oración. En muchos ambientes tanto en la calle, como en los medios de comunicación o en la misma literatura hay

---

<sup>17</sup> Cf. S. MOVILLA, “Catequesis”, en: *Conceptos fundamentales de Pastoral* (Madrid 1983) 136-140. Ahí se nos indica cómo ha de ser el catequista y las claves necesarias para una catequesis kerigmática.

<sup>18</sup> CCE 427-429.

<sup>19</sup> FLORISTÁN, “Testimonio”, en: *Conceptos fundamentales de Pastoral*, o. c., 996.

<sup>20</sup> Al narrar la experiencia espiritual de las Moradas últimas recurre siempre a la inspiración del Espíritu Santo: IV M 1,1; V M 1,1; VI M 1,1.

una inquietud sobre la oración. Siempre recurren dos posturas muy claras: Unos hablan de ella haciendo apología viendo su necesidad, urgencia, grandeza, posibilidad. Otros la ven como un zafarse del ajetreo del mundo, como una especie de refugio, como una forma más de alienación y la critican desde una sensibilidad más social. Ven necesario que la oración se evangelice, que se encarne en la historia de los hombres, que se libere de magias y que por tanto sea fuente de liberación para el hombre. En definitiva que como parte integrante del vivir cristiano no sea desplazada del quehacer total del cristiano.

La oración en Teresa tiende a la vida, pero entendida ésta en el sentido más pleno de la palabra "vivir". Para un cristiano es realizar el proyecto total de su destino, transformar su miseria primigenia en grandeza sobrehumana, volver a su situación primera, por ello conquistar la plenitud de sus facultades de conocer y amar. Esta "vida" tiene un prototipo, que es Cristo. La oración teresiana se integra en la vida en cuanto ayuda al hombre a una asimilación progresiva de la salvación de Cristo. El proyecto transformador de la vida está simbolizado, como hemos visto anteriormente, en el gusano de seda que acaba muriendo para vivir en Cristo<sup>21</sup>.

Ahora bien esa transformación no se ve recluida sólo a lo interno del individuo sino también en la acción en la realidad que vive. Para Teresa la oración no es evasión, sino inmersión en la vida, en la historia, según el orden querido por Dios, así nos lo describe en el último estadio de oración: "En todo lo que puede y entiende que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra"<sup>22</sup>. Dentro de este contexto nos puede seguir ayudando su palabra: "En los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse"<sup>23</sup>. Las obras de después a las que ella se refiere nos lo indica de manera firme en los momentos de experiencia mística cuando hablando a los que tienen la oración de unión les advierte que el cristianismo consiste en amar a Dios y al prójimo y que la señal más cierta del amor de Dios está en el amor al prójimo; pero al mismo tiempo, que al prójimo se le ama sólo cuando se ama a Dios: "Por que creo yo que, según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo" Y concluye: "Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves a una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa

---

<sup>21</sup> VII M 3, 1.

<sup>22</sup> VII M 3, 3.

<sup>23</sup> IV M 2, 8.

devoción (orar) y te compadezcas de ella...”<sup>24</sup>. Y en las últimas Moradas nos dirá: “Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras”. “Torno a decir que para esto es menester no poner nuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas”<sup>25</sup>.

Las “obras” a que alude no son sólo “virtudes” individuales y comunitarias sino de un compromiso profundo de la persona que no se encierra en su yo, porque si no, no sería una verdadera comunión con Cristo. Ella descubre la acción, fundada en el amor que sería también la verdadera oración<sup>26</sup>.

Gran clave teresiana para el cristiano y creyente que quiere ser “vocero-testigo de Dios”. Clave catequética importante para no pocos evangelizadores. El compromiso. La finalidad de la oración es estar con Dios. Esto es claro; como nos dirá J. M. Castillo “en la oración no ejercitamos el ‘ser para’ sino el ‘estar con’<sup>27</sup>. Pero ¿qué es lo que nos indica que esa oración es auténtica? Lo que produce esa oración, el cambio de vida, y las obras, el compromiso. Si no se sigue ese cambio, ahí tenemos la prueba de que ese “estar con Dios” no fue auténtico. La oración nos lleva a la vida, nos saca del coro, de las iglesias y nos lanza a las calles, a las plazas para una liberación integral del hombre.

d) Cristo: principio y meta de la comunión de vida.

En el proceso de interiorización de Teresa se da una búsqueda y un encuentro con Cristo. El cristocentrismo de las Moradas constituye una dimensión que cruza en diagonal todas las moradas, hasta convertirse en eje y clave principal y de interpretación; menos explícito en las moradas primeras, adquiere fuerza a partir de las quintas, cuando inicia la transformación en Cristo y las vivencias de sus misterios. Todas las moradas tienen una referencia cristológica clave: “Pongamos los ojos en Cristo nuestro bien...”<sup>28</sup>. “Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su

---

<sup>24</sup> V M 3, 9.11.

<sup>25</sup> VII M 4, 6.10.

<sup>26</sup> A. GUERRA, en: *Conceptos fundamentales de pastoral* (Madrid 1983) 671, hace una síntesis acorde al compromiso de la oración.

<sup>27</sup> “Fe y oración”: *RF* 186 (1972) 285.

<sup>28</sup> I M 2, 11.

servicio...”<sup>29</sup>.”“Por sólo servir a Cristo crucificado”<sup>30</sup>. “Esta casa querría a dar a entender que es Cristo”<sup>31</sup>. El capítulo de la Humanidad de Cristo<sup>32</sup>. E incluso las moradas séptimas.

Sabemos que ella introduce una tesis en el camino de la relación del hombre con Cristo, a través de la Humanidad de Cristo, eje original muy importante en la espiritualidad de Teresa. No vamos a entrar ahora en la historia de este acontecimiento, destacamos sólo la tesis como tal: Todo se resume en una convicción personal y teológica a la vez: Cristo es el camino, el modelo, en el doble sentido de la mediación absoluta y de ejemplaridad, es la suprema revelación del amor de Dios y la fuente de toda gracia. “Es muy continuo no se apartar de andar con Cristo nuestro Señor por una manera admirable adonde divino y humano junto es siempre en su compañía”<sup>33</sup> en la profundidad de las moradas sextas. Lo resumiríamos diciendo que el misterio de Cristo, Dios y Hombre, es el camino y la medida de toda vida espiritual.

Esta experiencia de la vida de Cristo redonda también en Teresa como una participación de la experiencia Trinitaria. Tocamos aquí las cimas más altas de la vida cristiana, pura vida mística que excede cualquier esfuerzo humano, sello de autenticidad que distingue la mística cristiana de la que no es cristiana. En el Castillo Interior sistematiza esta vivencia: esta presencia de Dios en el alma le sirve de base; pero el encuentro definitivo sólo se realiza en las séptimas moradas. El texto de san Juan 14,23 sobre la inhabitación sostiene y funda toda esta altísima experiencia mística. De esta gracia gozan las almas que han llegado a estas moradas últimas: “aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan y le dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos”<sup>34</sup>.

Nos transmite, en fin, como toca el alma las cimas de la vida cristiana que Cristo mismo había pedido en su oración al Padre; desde su experiencia y gozo afirma que la plegaria de Jesús se cumplirá: “Orando una vez Jesucristo Señor por sus Apóstoles (...) dijo que fuesen una cosa con el Padre en Él. ¡No sé qué mayor amor puede ser que este! Y no dejaremos de entrar aquí

---

<sup>29</sup> II M 1, 12.

<sup>30</sup> IV M 2, 10.

<sup>31</sup> V M 2, 4.

<sup>32</sup> VI M 7.

<sup>33</sup> VI M 7, 9.

<sup>34</sup> VII M 1, 7.

todos, por que así dijo su Majestad: “No ruego sólo por ellos sino por todos aquellos que han de creer en mí también, y dice “Yo estoy en ellos”<sup>35</sup>.

Estamos, por así decir tocando fondo: el núcleo del misterio cristiano. Si preguntáramos ahora ¿de qué habla, de qué trata entonces el libro de las moradas? Resumiríamos todo en una palabra: Él. Cuando cinco años antes de la muerte de la santa le manden escribir sobre la oración no sabrá hacerlo sino a base de lo que es Él. Teresa hace una síntesis del libro del Castillo: el libro de “el Castillo Interior o las Moradas trata sólo de lo que es Él y de lo que hace en el alma por ser Quien es”<sup>36</sup>.

Una clave teresiana más que entronca con algo tan sustancial hoy como es definir el objeto de la catequesis actual: Jesucristo. Así nos lo enseña también el Catecismo de la Iglesia Católica: “En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre (...) que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros (...) Catequizar es (...) descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios (...) Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo”. El fin de la catequesis: “conducir a la comunión con Jesucristo (...) sólo Él puede conducirnos al amor del padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad”. En la catequesis lo que se enseña es a Cristo...”<sup>37</sup>.

Podemos decir que no hay doctrina más segura y más clara que la que nos enseña Teresa con su experiencia pues nos habla de Él. Sólo Él, es la realización definitiva de la persona humana. Ahí encuentra el hombre su origen y destino: la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Toda la catequesis será un vincular al hombre con Jesucristo: esta es su finalidad, para que llegue a la comunión con Él<sup>38</sup>. El catequista más que un educador y animador en la fe, es el testigo que inicia a los hombres y les encamina en el seguimiento de Jesucristo, “muestra” a los hombres el verdadero rostro de Cristo.

---

<sup>35</sup> VII M 2, 9-10.

<sup>36</sup> Carta 207, 10.

<sup>37</sup> CCE 426-427.

<sup>38</sup> TMA 42, donde descubrimos que el fin de la catequesis es Cristo mismo.

#### 4. *La oración: camino de interiorización*

El interior del hombre es el escenario de las relaciones con Dios<sup>39</sup>. El encuentro interpersonal, Dios-hombre, se produce dentro, en la interioridad. No hay hombre, ser, sin interiorización, sin arraigamiento en Dios y en sí mismo<sup>40</sup>.

El elemento esencial en este proceso de interiorización es para Teresa la oración: "La puerta para entrar en este castillo es la oración". Con estas palabras invita Teresa a la aventura de la interiorización del hombre, concebido como un castillo con muchas moradas. Pero no existe posibilidad de entrar dentro sin pasar por la oración que es la puerta: no hay exploración posible del mundo interior sin el encuentro mutuo de Dios con el hombre: "la oración es una relación viva y personal con Dios vivo y verdadero"<sup>41</sup>.

Es una nota característica de la oración teresiana el proceso de interiorización que es a la vez progresivo dominio de las potencias del hombre, unificación interior, capacidad de bajar hasta el centro, descubrimiento total del Dios presente y unión con él. Este dinamismo de la oración queda marcado con las diversas y progresivas estancias del Castillo interior.

Es también nota característica la determinación de dos grandes etapas o zonas del proceso de interiorización y de la oración cristiana: ascética y mística.

La primera etapa, la ascética, se caracteriza por una constante y necesaria "sinergia" entre gracia y libertad, acción de Dios y reacción del hombre; pero parece prevalecer el esfuerzo humano, el empleo de las propias energías. En el ámbito de la oración son los primeros periodos de la oración vocal y mental; las dos primeras formas de regar el huerto (con agua de un pozo y de la noria); primeras, segundas y terceras moradas, con todo el esfuerzo ascético en el compromiso de virtudes cristianas. Es el camino para buscar a Dios y encontrarlo.

La segunda etapa, la mística, ve al hombre comprometido siempre en su abertura a la acción de Dios; pero es evidente el influjo y primacía de la gracia, desde el punto de vista de la iniciativa y de la gratitud. Dios empuja, atrae; nuevas experiencias que superan los recursos humanos; no se alcanzan si Dios no las da. El hombre va entrando en ese campo magnético que Dios ejerce, soberano, su poder de atracción interior. Es la oración de quie-

---

<sup>39</sup> I M 1, 3.

<sup>40</sup> M. HERRAIZ, *Introducción a las Moradas de Santa Teresa* (Castellón 1981) 45-46.

<sup>41</sup> CCE 2558.



tud y de unión, el desposorio y el matrimonio espiritual; las dos postreras formas de regar el huerto (con agua de riachuelo y de lluvia); quintas, sextas, séptimas moradas.

Hay una etapa intermedia, una zona fronteriza entre lo ascético y lo místico, difícil de delimitar con precisión. Oraciones semipasivas. Es el confín de una tierra prometida a la que al decir de Teresa todavía muchos cristianos logran pasar<sup>42</sup>. Esta zona fronteriza está entre las cuartas y las quintas moradas, la oración de quietud y el ardor de la caridad apostólica en el servicio del prójimo. Es cuando se empieza a “revivir” con seriedad el propio bautismo como vida en Cristo, según la certera imagen bautismal de muerte y resurrección que Teresa ha plasmado al hablar del gusano de seda.

Más allá es zona reservada a pocas almas. Una lluvia de experiencias místicas y de fecundidad eclesial, pero con fuertes y dolorosas purificaciones interiores. Hasta el matrimonio espiritual. Séptimas moradas. Teresa ha llegado hasta aquí, en su experiencia y en su doctrina. Ha buceado hasta el fondo en el encuentro con la Trinidad y en la unión con Dios.

El testimonio Teresiano habla de la vida del hombre abierta a la aventura del encuentro con Dios, en la que podemos descubrir las mismas fundamentales etapas de la historia de la salvación, su “micro realización”, con hitos tan claros como la experiencia de pecado, conversión, encuentro con Cristo, alianza, vida teologal, apertura eclesial, tendencia escatológica, gloria... Un camino donde al principio prevalece el esfuerzo del hombre, la ascesis, pero que desemboca donde Dios se convierte en guía: la mística.

Una nueva clave que entronca con la tradición eclesial y como tal en la misma vida cristiana “La oración es la vida del corazón nuevo. Debe animarnos en todo momento”<sup>43</sup>. Por ello una catequesis actual deberá tener en cuenta una teología de la oración, cosa esencial, la formación de orantes, el proceso oracional, las dificultades y posibilidades que se presentan en la dinámica oracional, el discernimiento oracional, posibles métodos de oración, acercamiento a los más media para una mejor presentación de la oración. Todo un quehacer que, también, ya se va realizando en no pocos grupos y formas de iniciar catequéticamente en la oración.

La catequesis y el catequista han de iniciar a los hombres en el descubrimiento de sí como ser abierto a Dios con capacidad de “experimentar” a Dios, en una auténtica amistad, y de llegar a la comunión con Él. La catequesis deberá introducir al catequizando en la vida de Dios.

---

<sup>42</sup> V M 1, 2.

<sup>43</sup> CCE 2697.

Y termino, dejando a Teresa que nos hable, teniendo en cuenta tantas personas que en nuestras comunidades cristianas han entrado en los caminos de la oración para que cada uno haga propio su consejo:

“Toda la pretensión de quien comienza oración –y no se olvide de esto, que importa mucho– ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios y... estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino”<sup>44</sup>.

---

<sup>44</sup> II M 1, 8.